

RETRATO DE ACTRIZ DESTRUÍDA PERO AÚN DESEABLE

Para José Luis Alonso

La luz siniestra y erizada desgarrar sin piedad
años podridos, gestos derrotados,
muerde el bastardo corazón de la dicha.
La luz amarillenta, vívida cruel,
chapotea en retocadas y evidentes tinturas,
abre los ojos sin fondo apagados de rimel,
palpa gastadas fosas en la nariz alerta.
Mirada sin piedad, esto la queda,
mientras lee una carta de ningún destino,
mientras sueña una carta de ningún amor
y un vaso espera la noche como un cuervo.
Elegida de las musas, actriz por vocación o por estómago,
terso estómago de la primera adolescencia,
ahora contempla sueños, lee imaginadas sílabas,
derrumbados telones, telas de araña en la pared neutral y desalmada.

Amor, amor, amor como olvidada lluvia,
caballo blanco y ciego frente a las olas
que golpean, que muerden el pasado,
recubren de nostalgia, dibujan una mano aún ávida.
Sí, amor y aquel sexo, y su esponja de gozo
y las luces y trajes, y aplausos derramados.
Cada hora contada, repasada, cual un sin fin monólogo
de acuciante alegría y obstinada esperanza,
vuelve esta noche al remoto escenario,
más vacío el teatro, silencioso y ajeno,
no es símbolo de muerte o de calma desierta
sino tan sólo aroma de alguna flor ajada
o húmedo bostezo donde nada se encierra.
Terminó la lectura, la carta gris
con estéril soberbia agotada hasta el fin
y cerrada con furia como un féretro hueco.
Ya nada queda: sombra sin brillo,
fulgor opaco de lo que fue belleza, y sin fuerza,
esa lágrima sola que resbala y gotea por el ruin maquillaje,
por la burda careta que la envuelve y la empuja,
que la torna y la lleva, apariencia sin rostro,
por el campo más árido de la vida ya muerta.

JUAN LUIS PANERO